

Travesía con un poeta

◆
BEATRIZ ESPEJO

Querido Emmanuel:

Llego al aeropuerto exactamente dos horas antes de lo fijado para el vuelo. Me interno hacia la sala de espera en la parte internacional. Primero la 28; luego la 26. Compruebo el número y descubro a un personaje más o menos de sesenta años, mal cuidados, con un libro del Fondo de Cultura Económica en las manos. Lo medio reconozco y le pregunto si es Francisco Cervantes. Al principio me mira con inquietud, después me pide que nos sentemos juntos. Cosa prevista puesto que llevamos asientos contiguos, 19 B y 19 C. Me alegro porque el 19 es mi número de suerte.

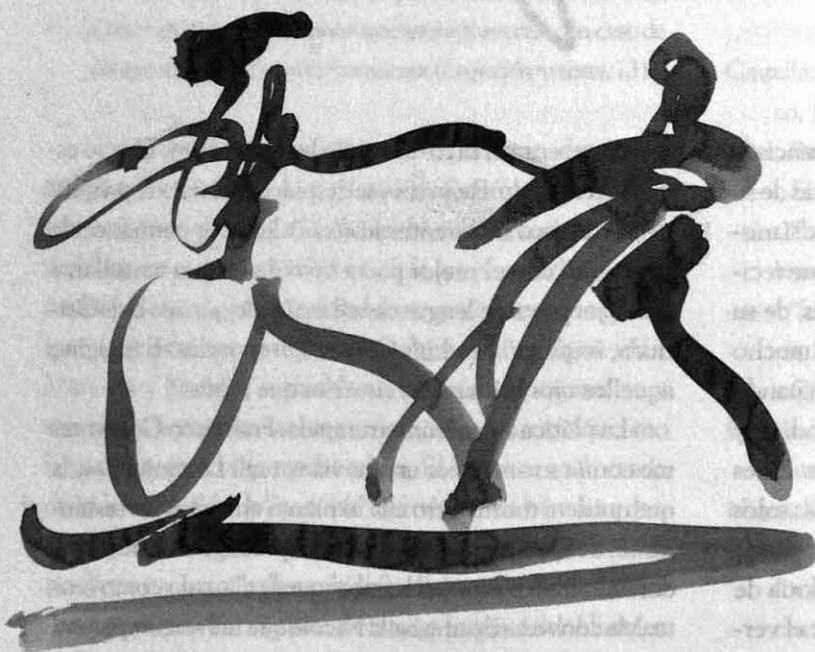
El avión, apenas lleno, azul por dentro estilo Continental, hará escala en Nueva York. El servicio entonces resulta calmado e impecable. Durante las seis horas de esa primera ruta, Francisco conversa, afina ante mis oídos ahítos todas las notas de su humor ácido. Practica la autobiografía oral, habla de sí mismo sin interrupciones, de la beca Guggenheim que recibió para ir a Europa, de cómo aprendió portugués, de su pasión por Fernando Pessoa. Me cuenta que hace mucho en tu oficina del Fondo en Avenida Universidad, cuando hacías la *Gaceta*, está allí un hombre de mediana edad, muy elegante y reservado; apenas pronuncia palabra. Sales para alguna diligencia dentro del edificio. Los dejas solos y él, Francisco, dice cuanta insensatez y barbaridad puede decir un muchacho de veintitrés años. Se vanagloria de su oficio. Comparte su propia manera de concebir el verso y enfrentar la poesía, las dificultades técnicas, lo azoros



que representa el rayo divino de la inspiración. El otro escucha resignado. Regresas y se despide. Entonces le preguntas a Francisco si se siente satisfecho de haber permanecido tanto rato con el mejor poeta vivo de lengua castellana. ¿El mejor poeta de lengua castellana? Sólo que sea Luis Cernuda, inquires. Era Luis Cernuda, respondes. E imagino aquellos ojos brillantes y risueños que tenías.

La plática sigue ininterrumpida. Francisco Cervantes me confía su amor por una novia actual. La mujer con la que quisiera morir; pero ella lo planta en todos los restaurantes de Querétaro. Cuando se enoja simplemente abandona su silla, dimite y el hombre queda clavado como orate. Me conversa de una bella Nicole que fue su compañera largo tiempo. Recapacita, advierte que oigo sin soltar pren-

da. No es que practique el hermetismo sino que no hallo ninguna oportunidad de diálogo porque a este Francisco le gusta autoescucharse. Como todos los escritores tiene veleidades vanidosas y es atormentado por los demonios. En medio de aquel verbo incesante, cuatro o cinco veces alude a su fealdad. Un fealdad tan consciente que no se atreve a ponerse espejuelos para no añadir peculiaridades a su rostro. De pronto me confía algo curioso. Al terminarse su beca necesitaba regresar a México. Pensó que no había ninguna razón para ello. Únicamente le esperaban tardes vacías ante el televisor viendo programas con el Chavo del 8 y Rosy Jiménez. Ha tenido en Madrid ataques hepáticos. Para diagnosticarlos los médicos deciden practicarle una biopsia. Ya sobre la camilla, arrepentido se levanta medio encuerado y sale corriendo hacia la calle; pero de cualquier modo la muerte se aposenta en su pensamiento como opción. Un cuate de borracheras e intimidaciones le ofrece una Luggler que rechaza horrorizado por el ruidero estrepitoso de los posibles tiros. Elige algo mejor: inyectarse clorhidrato de potasio con una jeringa que le proporciona un médico cómplice. Planea perfectamente hasta el último detalle. El poeta alcohólico está harto de ver ante el espejo su cara de lobo aullando a la luna. Le asusta su frente estrecha con las entradas de pelo tan abajo, sus largas patillas, su barba hirsuta que cubre su papada; le espantan sus ojos tan tristes, su delgadez. Decide suicidarse provisto de lo necesario, en el avión de regreso. Será, se lo advirtieron, muy doloroso.



so. Tres minutos de intenso, terrible sufrimiento; pero al cabo vendrá el descanso definitivo.

Antes de abordar la nave, una señora le encarga cuidar a tres niños precoces. Francisco no tiene valor para negarse ni tampoco para dejar su numerito pendiente. Mantiene sus planes secretos. En pleno vuelo duda, se decide. Abre el portaequipajes y saca la jeringa. Comienza a llenarla. A punto de encajársela, uno de los niños jala su manga preguntándole si darán bocadillos. La ampolleta cae al suelo y se estrella. Él se salva, sigue vivo.

Nos sirven la comida y descubro que me acompaña un inválido arreglándose para que el mundo entero solucione sus problemas. Necesito desenvolverle la mantequilla, las galletas, romper la bolsa de plástico que contiene el pan. Ni siquiera logra abrir la botellita de vino que nos sirve la azafata. Sólo requiere una vueltecita y trueno el tapón. A cambio de su inutilidad manual, habla. Así llegamos a Newark; durante el aterrizaje, Manhattan se vislumbra desde lejos. Francisco no trae visa norteamericana y, por tanto, queda al cuidado de una grosera agente aduanal, de nalgas tan prepotentes como sus modales, que lo transferirá de un punto de arribo a otro de embarque. Sigo sola una odisea, vistas, sellos y caminatas facilitadas por la ligereza de mi maletita rodante. Tomo un monorriel ultramoderno gracias a que mi inglés fluye con las alas de la necesidad. Finalmente encuentro la sala 100, una odisea

kafkiana que atino a navegar. Noventa minutos después Francisco surge radiante en silla de ruedas. De manera más misteriosa que la inspiración poética con la que le presu-
mía a Cernuda, domó a la aduanera que ahora lo conduce y acompaña y facilita su travesía.

Dan las ocho y veinte. Embarcamos un aeroplano atestado rumbo a Lisboa cuyo nombre saudoso parece collar de vocales cerradas y abiertas como el sueño. Me acomodo junto a un par de norteamericanas maduras que intercambian confidencias y direcciones. La mayor contesta el teléfono en un salón de belleza de Santa Fe, Nuevo México. La segunda es acupunturista y adoptó a dos peruanitas: una niña y una llama. Ambas crecen felices o así lo parecen en las fotografías que relucen de mano en mano y llegan hasta mí bajo la luz disparada por los foquitos individuales del techo. La telefonista también muestra tesoros: anillos de plata bonitamente diseñados y recién adquiridos en la barata de alguna tienda. Viene a Portugal en pos de un pueblo paraíso todavía indeterminado para alquilar casa. Actúan valientemente contra la soledad y la falta de estímulos vitales que obligan a luchar. Intercambian historias. La madre por adopción suena más tranquila. Las medidas que tomó le surten mejores efectos.

A mi izquierda van tres muchachas negras. La que ocupa la ventanilla es muy hermosa; la de en medio pretende ser actriz según deduzco por sus actitudes ignotas y el libro que devora: *Un actor se prepara* de Konstantin Stanislavsky; la más cercana trabaja en una fundación contra el mal de Parkinson y lee *Ensayo sobre la locura* de José Saramago. Intento dormir pero he quedado en el asiento del pasillo y hay demasiado movimiento con tantos viajeros demandantes, los timbres llamando a las aeromozas suenan insistentes. Me pican los ojos. Recorro a los anteojos de tela y los corchos en las orejas. Cabeceo.

Arribamos a Lisboa y otra vez me hago cargo de Francisco Cervantes, aterrado porque supone que olvidó el portugués después de varios lustros sin pararse en esa tierra tan amada. Se le hinchan los pies por la diabetes y apenas camina. Todos los demás pasajeros, incluso los tripulantes, salen a paso veloz. Las señoras maduritas y las muchachas

negras se despiden cortésmente. No consigo percatarme de su rumbo y Francisco y yo nos perdemos en un aeropuerto pequeño y con escasos señalamientos. Busco un banco para cambiar dólares por escudos previendo eventualidades. Está cerrado. Abrirán en diez minutos, informa el empleado del correo. Dichoso, Francisco lo escucha lanzando un suspiro poético, podrá sentarse sin el flagelo de mi prisa. Obtenemos el dinero y entramos a un laberinto porque Francisco asegura conocer el camino y se dispone a guiarme; pero el hilo de Ariadna que me tiende se revienta cada diez metros. Empiezo a impacientarme. Gracias a mi inglés desandamos caminos, bajamos escaleras, tomamos elevadores, atravesamos vestíbulos. Transcurren los segundos y aumenta mi mal humor. Me convengo de que debe leerse a los poetas, en vez de soportarlos. Me estoy convirtiendo en fiera, se me afilan las garras; pero como una redención, nimbo por su aura dorada, igualito a los arcángeles celestiales vestidos como centuriones romanos, aparece Daniel Leyva. Todavía nos espera a pesar de que ya llegaron y partieron todos los vuelos habidos y por haber, el que viene de Tumbuctú y el que sale al Amazonas. La amistad de Daniel resiste cualquier prueba, compone entuertos y suaviza tensiones con bromas oportunas. Veo un rompimiento de gloria al descubrirlo parado en la distancia dispuesto a desafiar leones.

Así pues, querido Emmanuel, por fin llegué a mi destino. ♦

